

pocresía, mil veces mas perjudicial que la irreligion misma. En efecto, el mahometano de la clase baja será con provecho de sus intereses reputado hombre timorato, si asiste con frecuencia á la mezquita, si hace profundas y continuas inclinaciones, si reza en alta voz al canto del mueslin, si ora tres veces cada día, aun cuando este tiempo le tome en el camino, ocupado en negocios de gravedad, ó en campaña de otras personas. Yo los he visto arrodillados en la calle y en medio de la muchedumbre al oír la voz de aquel que desde la galería de los minaretos predica orar á Alá (1); los he visto empezar allí sus rezos en alta voz vueltos al Oriente, y sin cuidar que se riesen ó no los Europeos que estaban presentes. Pero estos hombres que tanto aprecian las exterioridades, no son por eso ni mas severos en sus costumbres, ni mas dulces para el trato familiar con los demas. Ganada reputación de devotos, descansan tranquilos sobre ella; pero mientras tanto sus mujeres y sus esclavos lamentan el tratamiento perverso que reciben, los amigos observan que son fáciles para perjurar, y cualquiera podrá percibir sin trabajo que toda su religion ni consiste ni se alimenta mas que de supersticiosas exterioridades. Ese mismo hombre que no se atrevió á penetrar en la mezquita sino despues de haber lavado su cuerpo con repetidas abluciones, y despues de dejar en la puerta su calzado, conservará sin temor mil manchas en su alma, infinitamente mas sucias que las del cuerpo, y cometerá acciones que deshonoran á Dios mucho mas que presentarse calzado á orar en su presencia.

(1) Estos tres tiempos son al salir el sol, al ponerse y al medio dia.

CAPÍTULO IV.

Cisma del Oriente. — Divisiones entre los cismáticos. — Simonía. — Educacion del clero. — Influjo del gobierno en la eleccion de obispos. — Los monasterios. — Fanatismo y sus consecuencias. — El episcopado anglicano fraterniza con este desórden. — Mision católica de Constantinopla. — Los establecimientos de beneficencia. — Trabajos de los protestantes.

Al pisar la tierra clásica del cristianismo, en vano buscáramos la fortaleza jamas vencida de Atanasio, ni la elocuencia siempre triunfante de Crisóstomo, ni la ciencia profunda de Basilio, ó del memorable teólogo de Nazianzo. Todo cuanto contribuyó para dar celebridad á los países orientales en la primera edad del cristianismo ha desaparecido, y una serie de calamidades con que la Providencia castiga su doble delito de herejía y rebelion no permite ver sino vicios é ignorancia, allí donde brillaron las virtudes y las letras. Quien recuerde esa serie de hombres eminentes que presidieron los primeros patriarcados hermoheando al cristianismo con los rasgos mas bellos de santidad, y dejándole al pasar la herencia inapreciable de sus profundos conocimientos consignados en preciosos libros, y encuentre hoy la simonía, la ignorancia y otros vicios que nos repugna nombrar encaramados en el lugar que ellos dejaron, comprenderá bien la magnitud del crimen que merece castigo tan formidable. Nadie podrá fijar todavía el tiempo de la duracion de este, porque si la mano de Dios corrige la soberbia con la humillacion, y el cisma con la disolucion de

los miembros sublevados, deja el azote tan presto como estos vuelven á humillarse. ¡Ojalá den este paso los disidentes orientales con la presteza que pide la gravedad de su mal!

La Iglesia de Occidente ha seguido inalterable su marcha primitiva; sus santos y sus sabios no dejaron de ser un solo día el faro luminoso á cuya luz todas las naciones estudiaron las virtudes y las ciencias. Mortificada sin cesar por plagas de toda especie, abandonada del poder humano, y entregada á sus propias fuerzas, tan léjos de sucumbir bajo los golpes de sus enemigos, no ha perdido ni un ápice de su brio, ni empañado el mas lijero rayo de su esplendor. No así la desgraciada Iglesia de Oriente: trabajada por sus propias miserias ántes que por la persecucion, y entregada á los enemigos del cristianismo á consecuencia de intestinas divisiones, no es ya mas que un esqueleto cubierto de ropaje ignominioso. No pretendo desenvolver los pliegues de su vestido, ni hacer exhibicion de las miserias que bajo ellos se ocultan: ¿para quién será agradable recorrer las hojas del proceso donde figuran vicios que arrastraron al malhechor hasta el cadalso? Que la reflexion sobre sus faltas pueda abrir sus ojos alguna vez, é inspirarle compasion por sí mismo, será el único voto noble y generoso que podrá abrigarse en favor del delincuente, y este es el que nosotros hacemos con la catolicidad entera por la Iglesia cismática de Oriente.

La division que introdujo el cisma de Focio no se conservó largo tiempo sin pulular nuevas escisiones. Hoy son dos las que separan principalmente á los cristianos en Oriente; y, como dos ramos cortados del árbol de la Iglesia católica hace brotar cada una otras mil sectas. Aquellas son la Iglesia griega ó el cisma primitivo de Focio, y la Armenia que, nacida de este en su origen, pero abjurando la division y la herejía muchas veces para volver otras tantas á caer, no tiene mas puntos de contacto con su madre que los

errores comunes á los dos. Ambas son rivales, y se profesan entrañable enemistad.

Los defensores del cisma oriental, que pretendieron hacernos ver brillando la unidad donde nada se encuentra fuera de cisma y division, han simulado olvidar los tristes sucesos de que el mundo todo es testigo, y manifiestan á todas luces hasta dónde llega el espíritu que separa entre sí á las desgraciadas comuniones del Oriente. Todas pretenden tener sus derechos para permanecer separadas de las demas, todas se llaman depositarios de la doctrina de Cristo y tradiciones apostólicas, y todas quieren justificar con razones que no existen su proceder, por contrario que sea al espíritu del Salvador. Estas pretensiones y aquella rivalidad mas de una vez han provocado serios conflictos entre sus miembros; y así en Grecia como en Armenia, en Siria como en Palestina, en momentos de excitacion se han librado á la suerte de las armas derechos que el Evangelio prohíbe defender de otra manera que con la paciencia y la caridad. Frescos viven en la memoria de los habitantes del Asia Menor los trágicos sucesos de Adana (1), en que divididos los ciudadanos en dos partidos que obedecian á dos obispos diferentes, buscaron los unos la proteccion de los musulmanes contra los otros, y atacándolos con espada en mano sembraron desolacion, terror y muerte por todo aquel desgraciado país; frescos los recuerdos de ruidosas desavenencias nacidas entre el patriarca de Constantinopla y los obispos de Grecia, que no quisieron reconocer su jurisdiccion despues de la emancipacion política de aquel reino; continuas son las divisiones que agitan á los cismáticos en Constantinopla, donde cada dia desocupa un obispo la silla patriarcal, para que éntre á ocuparla otro que supo con dinero y con promesas ganarse la voluntad del pueblo y de sus magistrados; y continua tambien la agitacion en que viven los

(1) Tuvieron lugar en 1849.

demas patriarcas , pues que necesitan someterse á las sinrazones y á los caprichos de sus gobernados, á trueque de no ser depuestos por estos mismos en una de esas asonadas que, frecuentes entre los cismáticos, concluyen siempre abortando un nuevo obispo. Estos son hechos que todos conocen, y que manifiestan bien cuán distantes viven aquellos de la unidad y del espíritu que prescriben los cánones primitivos.

Independientemente de las sectas ménos notables que se alimentan en el seno de aquellas dos grandes comuniones, llega á diez el número de las cabezas ó jefes que cuenta la Iglesia griega, y á tres los de la armenia : aquellos son el patriarca de Constantinopla, el santo sínodo de Rusia, el patriarca *independiente* de Chipre, el sínodo de Grecia, el arzobispo de Monte Sináí, los patriarcas de Moldavia y de Valaquia, el patriarca de la Servia griega, el de la Servia austríaca y el patriarca de Montenegro ; y esto es concediendo que los otros tres patriarcas de Jerusalem, Antioquía y Alejandría estén ligados estrechamente á la cátedra de Constantinopla y vivan con ella en una misma comunión. De entre estas cabezas es verdad que algunos conservan ciertas ritualidades exteriores para mostrar su union con las cátedras mas antiguas, poco importa sea con esta ó con aquella. Así, por ejemplo, el patriarca de Montenegro y el *catholicos* de Georgia concurren á San Petersburgo para recibir del sínodo moscovita la investidura y consagracion episcopal ; pero mientras tanto este sínodo á nadie reconoce como superior, ni con nadie comunica sino con aquellos que vienen á sometersele, no movidos por su conciencia sino por el influjo del emperador de Rusia ; y el sínodo de Grecia, en fin, del todo independiente, se cree legítimo primado de la Iglesia oriental, y rechaza cualquiera otra jurisdiccion que pretenda entrometerse en sus negocios eclesiásticos. Nada significan las circulares que los patriarcas de Constantinopla suelen mandar á todos estos cuando son

inaugurados en su silla, pues el tenor de sus mismas cartas manifiesta bien cuán distantes se encuentran unos de otros. En la última el obispo Anthimio decia al sínodo de Aténas ser necesario que marchasen unidos, especialmente en los tiempos actuales... « Vosotros sabeis que *es esta la tercera vez que subo á la silla de Constantinopla*, de la que en dos ocasiones tambien he descendido á consecuencia de las divisiones que nos atormentan. » Mientras tanto nada le habla de obediencia, nada de adhesion á la *Nueva Roma*, pues le consta que ninguna puede prometerse de los que han roto los vínculos de su comunión. ¿Quién no descubre entre todas estas sutilezas el único hecho cierto que presentan las comuniones griegas, á saber, su division ?

Los Armenios, de la misma manera que los Griegos, divididos en diversos cuerpos, ven tambien levantadas en su seno varias cabezas. Fuera del patriarca de Echmiazin, que se llama *ecuménico* ó universal, pretenden el mismo título los de Ararath y de Constantinopla, alegando derechos que contradicen los de aquel que se dice sucesor de Gregorio Illuminator y del ilustre S. Narces.

Si en medio de un cisma semejante que separa á los disidentes unos de otros, colocándoles bajo pastores rivales, pudiera decirse encontrarse unidos espiritualmente por la confesion de una misma fe, habria al ménos alguna especie de unidad ; pero ni esto existe desde que, tanto entre los Griegos como entre los Armenios, los que poseen alguna instruccion religiosa la han recibido mezclada con los antiguos errores derramados con profusion en el Oriente. Entre los Armenios en particular, las herejías de Jacobo y de Nestorio cuentan todavía sectarios á millares ; mas hemos dicho *los que poseen alguna instruccion religiosa*, pues la mayoría de los cismáticos ninguna tiene, y toda su religion consiste en ceremonias materiales y en oraciones vocales, cuyo sentido no conocen. Y no es el pueblo tan solo el que vive

sin conocer su religion ; sobre el clero pesa este mismo mal, bien grave y doloroso ciertamente.

Pero hay otros todavía que no lo son ménos, y se dejan sentir especialmente en las elecciones de los obispos y patriarcas. Como todos estos necesitan formal beneplácito del sultan para ser instituidos en las sillas que existen en el territorio de la Puerta, sus manejos para obtenerlo son los que castigó el Príncipe de los Apóstoles en Simon el Mago, y la Iglesia desde sus primeros siglos condenó del modo mas enérgico y severo. Los pachás, los cadís y los amigos del gobierno reciben como precio de cada aprobacion sumas estipuladas de dinero, y que paga sin escrúpulo el electo ántes que su metropolitano le imprima el sagrado carácter con la imposicion de sus manos. Este tráfico es tan público, y se practica tan sin rebozo, que el sucesor de Mahoma lo echaba en cara á los sucesores de Focio, diciéndoles en un *firman*: «Será necesario usar en lo sucesivo de mas circunspeccion en la eleccion de ministros, y cuidar sobre todo alejar á cuantos tienen el cinismo de decir: Yo gozo de una dignidad que me ha costado lo que es mio.» Ni pueden explicarse, sino teniendo en consideracion este comercio indigno, los cambios de obispos que sufren á cada paso las diócesis de la Turquía, y buscando su origen en el interes de los hombres influyentes á quienes importa ver con frecuencia nuevas elecciones de obispos como medio de aumentar su riqueza.

La clase de educacion que recibe el clero griego no permite esperar de sus miembros otro proceder mas regular. No es el orden comun elevar al sacerdocio jóvenes instruidos con esmero en seminarios, ni hacer subir á la cátedra episcopal á los que se envejecieron en el estudio de las ciencias eclesiásticas. Cualquiera hombre del campo, un aprendiz de oficio, el criado de una familia son ordinariamente los que llegan al presbiterado, sin mas vocacion que la bien imperiosa de su pobreza, sin otro título que su osadía, y sin

otras aptitudes que saber escasamente leer su propio idioma. Cuando yo veía en Grecia á los presbíteros sentados á la puerta de su casa, vestidos como cualquier jornalero, fumando su pipa, rodeados de sus hijos y luciendo una vida ociosa y tan inútil á la sociedad que les tiene en su seno como á la religion de quien se dicen ministros; cuando en el Asia Menor, en Siria y Antioquía los veía discurrir por los mercados, sentados en los mostradores de los artesanos ó en los bancos de las tabernas, y cuando en un pueblo de Palestina ví levantarse al párroco de un círculo de jugadores en la calle pública, para ir á recibir á los que llegaban á visitar un santuario de su iglesia, nada extrañas me parecian escenas tan repugnantes, pues son consecuencia necesaria de aquella falta de educacion.

No se crea ser mas aventajada la que en los claustros reciben los monjes en cuyas manos recae siempre el báculo pastoral; con ligeras excepciones la misma ignorancia y los mismos defectos vemos arraigados entre estos que en aquellos. Los domésticos y familiares de los obispos son ordinariamente llamados para servirles de coadjutores en las funciones de su ministerio, y especialmente los metropolitanos, usando de su mayor poder, cometen tambien mayores abusos en la institucion de los obispos. Reunir dinero para optar despues por su medio á las dignidades, ved ahí la ocupacion preferente de los monjes que se encuentran con mejores aptitudes y con mas aspiraciones que los demas. Triste cosa es descender á hechos personales; pero nada hay tan sagrado como abogar por la verdad, ni tan justo como aducir todo cuanto interesa á su santa causa. Sin este desorden no podríamos ver, por ejemplo, al portero del templo del Santo Sepulcro instituido patriarca de Jerusalem (1), ni al sirviente del arzobispo de Alepo, consagrado por su señor

(1) Cirilo, ántes obispo de Lyda y hoy patriarca de Jerusalem. 1854.

para sucederle y sublevado mas tarde contra su autoridad, pasar del cisma griego al protestantismo anglicano. ¿Qué podrá esperar la religion de hombres de esta clase? Una suerte tan triste como la que arrastra en el Oriente, ó una degradacion tan vergonzosa de parte de sus mismos ministros y creyentes como la que le cabe entre los cismáticos en todo el mundo. Lo que la mano del hombre arranca de su centro y hace servir á objetos extraños de su fin, pierde la dignidad que recibió en su creacion; y por santo que sea concluye reducido á nulidad. ¡Ojalá los hombres, aprovechando el triste ejemplo que ofrecen las Iglesias orientales, arrancadas de la unidad católica por la ambicion y retenidas distante por la soberbia y demas vicios, se abstengan de tocar las cosas santas, desviándolas del fin á que las destinó la providencia inefable de su Autor!

Los monasterios que en los seis primeros siglos del cristianismo fueron la mas bella entre las flores que encerraba en su seno la Iglesia de Jesucristo, bajo la influencia del cisma ajada y marchita su hermosura, se trasformaron en feo borron que armoniza con todas las otras manchas de los disidentes. El espíritu que animó á los memorables Padres del desierto, Antonio, Basilio, Sábás y Macáreo, emigró de sus monasterios junto con la caridad que los unia al cuerpo místico, cuya cabeza es el Hijo de Dios y su vicario sobre la tierra el Pontífice Romano. El lugar de la caridad lo ocupa la codicia, que estimula á sus individuos á dedicarse á negociaciones impropias en personas que prometieron á Dios vivir en pobreza rigurosa; y su dignidad abacial ó archimandrita la adjudican los obispos á la mejor propuesta, como podria darse la provision de un artículo cualquiera para un establecimiento público á un especulador de profesion. Por eso los cargos de los monasterios de la Palestina son de grandísima importancia, especialmente los de aquellos que cuidan un santuario, ó poseen anexo un recuerdo venerable cualquiera. No olvidaré que los monjes

de San Sábás, al recibir cincuenta piastras turcas (1) con que les recompensaba yo el hospedaje de una noche pasada en su monasterio, sin haber recibido de ellos ninguna especie de servicio que no necesitaba: «Dénos V. un poco mas, me decian, pues tenemos rematado esto demasiado caro....» Ni tampoco olvidaré que el archimandrita armenio, guardian del Santo Sepulcro, desempeñaba su comision en virtud de treinta mil piastras pagadas á la caja del patriarca, que le aseguraba por dos años la posesion de su empleo, que le pone en aptitud de explotar la devocion de los pobres peregrinos de su comunión. ¡Ved ahí la caridad de los monasterios de la Iglesia oriental! Amontonar dinero, comprar con él despues la dignidad episcopal, es todo el conato de sus religiosos. Méenos vive entre estos el celo apostólico, bello característico que imprimió en la frente de su Iglesia el Salvador del mundo. Miéntas que en Occidente una de las mas bellas páginas de la historia de la Iglesia es sin contradiccion aquella donde se escriben los trabajos evangélicos de los hijos de S. Benedicto, S^{to} Domingo, S. Francisco, S. Ignacio de Loyola y S. Vicente de Paúl; miéntas que millares de presbíteros de todas las naciones educados en sus seminarios penetran en las regiones mas remotas, por difíciles que parezcan; y miéntas que esta nueva Sion puede asegurar con verdad que ha invitado á los hijos de Abraham de todas las tribus y naciones de la tierra, desde el Oriente hasta el Occidente y desde el Septentrion hasta el Mediodía, á tomar asiento en el gran convite del Evangelio; la Iglesia Oriental ha mostrado su incapacidad para esta grande obra. Á medida que se aleja mas y mas de la unidad, su fuerza de accion desaparece, y su falta de espíritu apostólico se hace mas notable. Sus presbíteros perdieron con el matrimonio la vocacion al ejercicio

(1) Dos pesos en moneda española, diez francos en francesa y ocho chelines en inglesa.

del apostolado, y sus monjes la perdieron tambien con el olvido absoluto de los estatutos de su primitiva disciplina. ¡Qué doloroso espectáculo es este para el cristiano! ¡Ver por sus propios ojos la postracion de los seminarios que produjeron un dia á los Cirilos y Epifanios, y al inmortal S. Juan Crisóstomo! ¡ver invadidos por la herejía y por los vicios los que fueran ántes castillos inexpugnables desde donde los soldados de Jesus se derramaban por la Siria y Palestina, por el Egipto y la Etiopia, por la Persia y la Mesopotamia, por la Armenia y la Abisinia, esparciendo en todas partes con las luces de la fe la fragancia de sus virtudes! ¡Ah! ese espectáculo solemne que presentaban al mundo las obras fervorosas de cincuenta mil monjes derramados por las lauras de los desiertos y por los monasterios de las ciudades ha pasado; ¡y ojalá que no sea para siempre!

Los anales eclesiásticos nos pintan á los primitivos habitantes de los monasterios de Oriente consagrados exclusivamente al estudio y á la meditacion; y á la verdad no podria concebirse de otro modo cómo hubieran podido enriquecer al mundo con un número, que sin exageracion se puede decir maravilloso, de obras, en que trasmitieron á las edades venideras preciosos comentarios de la palabra de Dios y la sublime teología de la Religion cristiana. La ciencia y las bellas letras de Occidente recibieron un eficaz impulso con los preciosos manuscritos que encerraban las bibliotecas de Oriente, y arrojó sobre las playas de Italia la furiosa tempestad que echó á rodar el antiguo trono de los Césares de Bizancio. Pero cuando se compara esa vasta erudicion, ese profundo saber que encerraban los monasterios de Oriente con la ignorancia imponderable en que les vemos caidos, el alma se cubre de mortal tristeza, y tanto mas cuanto piensa que en las calamidades y desastres que abruman á la generacion presente, en su seno hubieran debido elaborarse los elementos que salven á la posteridad

de los abismos de la disolucion social. No ha sucedido así; y « el corazon se estrecha al notar cómo van perdiendo de su fuerza y lustre con el trascurso de los siglos, al observar cómo, despues de los estragos sufridos por aquel desgraciado país á causa de las invasiones, de las guerras, y finalmente por la accion mortífera del cisma de Constantinopla, las antiguas moradas de tantos varones eminentes en sabiduría y santidad van desapareciendo de las páginas de la historia, cual antorchas que se extinguen, cual fuegos dispersos y amortiguados que se descubren acá y acullá en un campamento abandonado (1). » Repetidas veces hemos notado ser la falta de ciencia uno de los males de mayor gravedad que trabaja á los institutos religiosos caidos en el cisma; y no debe maravillarnos por eso encontrar como sembradas todas las Iglesias del Oriente de tantas supersticiones y de tantos abusos, que no deben estimarse tambien sino como su necesaria consecuencia.

El fanatismo es entre todos estos tristes descarríos á que se lanza la razon humana privada de los auxilios que le prestan la ciencia y la virtud; el fanatismo, repetimos, es el que se deja sentir mas al vivo en el Oriente. Un patriarca que con sus pretensiones exageradas, con sus consejos des-
acertados y sus resoluciones violentas prepara en gran parte los conflictos que provocan la guerra devastadora que aflige hoy al viejo continente (2); los archimandritas que en las mismas circunstancias derraman en el pueblo doctrinas contrarias á los principios de justicia; y los monjes que salen de sus monasterios para ponerse á la cabeza de nuevos cruzados que han de combatir, no por la restauracion de la unidad cristiana, sino por establecer en el Oriente el despotismo de un tirano que tiene oprimidos bajo su yugo insoportable millones de católicos en el norte de la

(1) *El protestantismo*, etc. (Bálmés.)

(2) Germanos de Constantinopla.

Europa, son á la verdad hechos que figuran en primera línea entre los que registra la historia contemporánea; pero no acreditan ménos que ellos el fanatismo de sus actores, las rivalidades, las persecuciones y la opresion que experimentan los católicos en todos los países donde se encuentran en número inferior á los cismáticos. Los monjes son en esos casos los que excitan á la plebe á cometer todo género de excesos; los monjes quienes dirigen asonadas que conmueven poblaciones enteras, y los monjes los que rubrican convenciones indignas con los enemigos del nombre cristiano, en las que se resuelve el sacrificio de comuniones católicas y la muerte de sus pastores. ¡Ah, que los hechos recientes de Bed-Jala, los atentados cometidos contra la persona del patriarca latino de Jerusalem, el horrible complot fraguado para quitar la vida á los religiosos Franciscanos en medio de un tumulto que debia estallar miéntras la procesion del Santo Sepulcro, y fué descubierto providencialmente pocas horas ántes de su ejecucion (1), bien claro dicen todo esto! Pero la pluma se resiste á trazar hechos de tal naturaleza.... Estas escenas repugnantes para la conciencia del hombre lo son tanto mas cuanto van dirigidas por el fanatismo, que no tolera contradiccion en las empresas que dirigen una fe extraviada, y mas que todo el interes individual. Dejemos á los infelices popes formar por sí mismos el proceso sobre el cual todo el género humano será llamado á pronunciar su fallo alguna vez; miéntras tanto nuestras lamentaciones por los Lugares santos que profanan, por los pueblos que mantienen en tinieblas, y por el nombre cristiano que cubren de ignominia delante de los infieles, no añadirán sino una mas á las mil que al cristianismo entero arranca el triste estado de las Iglesias disidentes del Oriente.

Pero lo que debe asombrarnos ciertamente es ver á los

(1) El Viernes santo de 1849.

miembros del episcopado anglicano levantar su voz para unirse á un cuerpo tan monstruoso, protestar « encontrarse unidos á él por fuertes simpatías, » y reconocer en su repugnante figura la bella obra del Señor. ¡ Los que derramaban amargas invectivas contra esa dignidad augusta, contra esa marcha solemne y majestuosa de la Iglesia católica, « simpatizaban de un modo fraternal » con los que todo el mundo ve manchados por vicios repugnantes! En obsequio de la justicia diremos, sí, que los cuatro obispos que ocupan actualmente las sillas metropolitanas de la Iglesia anglicana han estado muy léjos de apoyar semejantes manifestaciones. Mas por repetidas y fraternales que fueron las cartas dirigidas por aquellos personajes, asegurando á los patriarcas de las Iglesias de Oriente « su vivo deseo de estar unidos á ellos en el espíritu de Jesucristo, » ni una sola vez merecieron respuesta; al contrario, el patriarca de Antioquía, consultado por uno de sus cólegas sobre la que deberia darse á los obispos anglicanos: « Ninguna, dijo, pues no nos conviene tener negocios con Ingleses. » De este modo se cortó la fraternal correspondencia, « destinada á estrechar los lazos que deben unir á los miembros de un mismo cuerpo: » no del de Cristo por cierto, pues á este nada manchado ni nada defectuoso pertenece. Aquel era un proceder lógico de parte de los obispos orientales: ya en el siglo pasado (1) habian sostenido una polémica con algunos miembros del episcopado anglicano, que á ellos y á los obispos de la Iglesia rusa provocaban para un arreglo que uniese en un cuerpo solo todas las comuniones disidentes del catolicismo; arreglo que no tuvo efecto, porque examinadas las creencias y las pretensiones de las tres que deseaban unirse, no estaban conformes entre sí; y entónces mismo los patriarcas de Constantinopla, de Antioquía y de Jerusalem decian al sinodo de Rusia: « Os aconsejamos fraternalmente

(1) 1723.